

# Trabajo

PERIÓDICO SOCIALISTA

Año III :-: Se publica los Domingos :-: Aguilas, 5 de Febrero 1933 :-: Redacción: Aranda, 17 - bajo :-: Precio 15 cts. :-: Núm. 68

## HASTA DONDE LLEGA LA INFAMIA

No sería necesario recurrir a la pluma para señalar el proceder de nuestros adversarios. Reconocemos en parte que el mayor desprecio que puede hacerse es mostrándose con la indiferencia ante la insensatez de quienes la ostentan. Pero, claro es, esta indiferencia surte efectos cuando a quien se le hace, su epidermis goza de sensibilidad; cuando no, como ahora ocurre con nuestros enemigos, forzosamente y con repugnancia, hay que salir al paso utilizando, no el arma homicida de la calumnia como «ellos»—nunca la hemos usado, bien lo saben—sino el escudo que ofrece la diafanidad de la verdad.

Ya hemos dicho ininidad de veces y ahora lo volvemos a repetir, que no nos sorprende nada de lo que nuestros adversarios políticos puedan tramar, porque, mucho antes del advenimiento de la República, hombres más expertos que nosotros, desde nuestra tribuna y fuera de ella nos lo pronosticaron.

•Nos censurarán, nos calumniarán, las flechas que hoy dirigen a los caciques monárquicos, después se volverán contra nosotros tan pronto como tengamos que llamarles lo que ellos llaman a la representación de la inmoralidad en España. Todo esto y más nos pronosticaban nuestros camaradas con un acierto profético. Pero ¡ah! también nos decían, cuando más combatidos os encontréis, cuando más calumnias viertan sobre vosotros, cuando más ultrajados os notéis, entonces, nunca más que entonces, es cuando más tranquilos podéis estar de vuestra obra. Cuando nuestros adversarios nos aplaudan, hay que retroceder, es la señal más definida de que perjudicamos nuestra colectividad, es la señal más patente de que beneficiamos a nuestros verdugos».

El reconocimiento de estas verdades es innegable. Podríamos citar innumerables casos que las demuestran pero nos limitaremos a señalar uno, si nuestros adversarios nos lo permiten. Jesucristo—y esto no quiere decir que nos comparemos con él—predicó y propagó la obra más perfecta que puede propagarse, obra que nacía de los sentimientos más puros que puede engendrar ser humano, sin embargo fué calumniado, abofeteado, escupido y por último, crucificado; todo porque iba en contra de todo lo que representaba injusticia humana, porque iba en contra de un rey que representaba un privilegio, en suma, porque iba en contra de los que en aquellos tiempos eran los tiranos del pueblo, en contra de los caciques.

Nosotros, por el simple hecho de querer imitarlo, reproducir, aunque torpemente, la silueta de su obra, también tocamos de cerca esas consecuencias, todas las flechas del odio, de la calumnia, la infamia, la injuria, se disparan en nuestro blanco. El Partido Socialista—y por ende los que lo componen—es el Cristo contemporáneo. Es el explorador que atraviesa la selva—valga la comparación—y que, por consiguiente, se ve amenazado por todas las fieras. No hablamos valiéndonos de hipótesis; aquellos que se mantengan hasta hoy en el campo neutral y aun nuestros mismos adversarios, de los que pueda haber con una limpia conciencia, forzosamente tienen que reconocerlo, la prueba está a la vista: comunistas, anarquistas, sindicalistas, monárquicos, republicanos y clero, unas veces desde distintos campos, otras, la mayoría, desde el mismo campo, en una acción de conjunto, todos sin excepción, dirigen sus ataques al Partido Socialista y a su afín—también hay que nombrarla—la U. G. T.

Esto, como ya decimos, nos agrada sumamente, porque nos ilumina el camino que aún nos queda por recorrer. Mientras la injuria y la calumnia, que es el arma de combate de nuestros adversarios, siga en pie de guerra, nuestra satisfacción será más íntima, es la brújula que señala la perfección de la obra humana que llevamos emprendida. Mientras nos ultrajan los de enfrente, el bálsamo de la paz se purifica en nuestras filas.

Se nos dirá que en muchas ocasiones pedimos que cesen las injurias, y tal vez que las almas ruines interpreten esta petición a título de cobardía o lo que es lo mismo, de claudicación. Y ante eso, ante la duda, nosotros tenemos que decir que si pedimos ese favor, no es buscando clemencia para nosotros, sino que al pedirlo buscamos la dignificación para quienes no la conocen.

Para que pueda comprobarse la afinidad de pensamiento que existe entre los que hasta hoy se llaman republicanos radicales y los que representan una tradición de inmoralidad e injusticia, nos vamos a permitir citar, entre los muchos casos, uno que es el de más actualidad de sus infamias.

«El Debate», el órgano oficial de los sentimientos «cristianos», «humanos», en uno de sus números de la pasada semana, criticaba el modo de proceder de la U. G. T. por uno de los muchos rasgos de solidaridad humana que practica esta organización sindical. Se ensañaba en la suscripción abierta por la U. G. T. desde hace una porrada de meses para socorrer a las familias obreras de las víctimas causadas por la fuerza pública. Qué serie de bilis correría por sus columnas que «El Socialista» no ha tenido más remedio que decirle que aclare sus actuaciones con una rectificación oportuna. En esos mismos días—cómo no—el órgano de los monárquicos, republicanos y beatas locales—«Renovación»—aparece con un editorial [calcando el mis-

mo ensañamiento] de su afín «El Debate» (pura coincidencia) lanzando la especie de la difamación, su especie, cargando la responsabilidad de las víctimas al Partido y a la U. G. T. en lugar de cargárselas, como corresponde, a la potrada caciquil causante de los trastornos y miserias que sufre España entera.

Como se ve, no puede esperarse más de los que en un día se llamaron revolucionarios, mancillando el verdadero significado de lo que la palabra representa.

Y ahora, para terminar esta aseveración, preguntamos nosotros: ¿En el caso de que verdaderamente perdonen la U. G. T.—hubiera sido la causante de las víctimas—que no lo es, como puede demostrarse—no es digno de alabanza el que por virtud de un error supieran reconocerlo e intentara repararlo en parte, dulcificando también en parte, la existencia de los que tuvieron la desgracia de ser víctimas de una fuerza que entonces pagaba la burguesía con todos sus afluentes con ese fin determinado? ¿O sería más humano que, encima de la principal desgracia, se dejara perecer de hambre a esas pobres familias?

Tal vez lo último agradara más a nuestros adversarios.

## CAZA MENOR

Yo no sé, a ciencia cierta, que es lo que tiene un museo para ejercer en el ánimo una curiosidad tan grata. A cualquier hora, en verano o en invierno, sentimos nuestro espíritu invadido por un dulce ejército de duendecillos saltarines que nos invitan a entrar en él. Unas veces, las más, penetramos en la sala de arte con una secreta adoración para todo lo que allí existe. Un cuadro, un tapiz, un color, atrae nuestra atención y abre un agujero en nuestra cabeza por donde comienza a entrar la rizada de sugerencias murales. Si no se toma a exageración, diría que el blando recinto artístico irrumpe en nuestra conciencia y se impone a ella. Es casi un mandato cariñoso de padre a hijo. Algo inexorable, en fin.

Otras veces, sin embargo, la emoción artística no se hace presente. Oímos rebotar de sala en sala, acá y allá, un no sé qué de fantasma medieval que alarma y sobrecoje la atención del observador. Es una visión aterradora y demoníaca. Cañones, arcabuces, bolaños, están expuestos fríamente a los ojos de los visitantes. En el aire oscuro y delgado de las vitrinas, las máquinas de guerra se hacen sonoras como un grito selvático. Y es su voz como una voz cénica y descarada de rebelión que no se aviene a perecer. Tiene algo de patético mirar estos aparatos devastadores en su vejez inofensiva. Nos hablan de otros tiempos, de otros sentimientos y de otros impulsos. El cañón triste y acongojado, evoca en su memoria el momento del brioso y gallardo disparo. Su lomo, como el de un perrito faldero, se vió acariciado mil veces por las manos de los oficiales triunfadores. Músicas, tambores, arengas, se propiciaron a su

costado. Y este esplendor y dignidad del arma, se ha venido abajo en unos cuantos años. Ya no queda de sus glorias juveniles sino un montón de chatarra arrugada y asmática. Ahora no es más que un anciano gruñón y viscoso a quien hay que sacar a tomar el sol al jardín...

Nosotros en la visita de esta mañana al museo de Artillería, hemos sentido un desconuelo entreamargo y feliz. Veníamos a echar en cara a los artefactos de destrucción sus infamias, y nos encontramos con una vejez venerable a la que nada podemos reprochar. Y seguimos el itinerario del Museo gustando la almendra del equívoco desencanto. Nos ha fallado el empeño de escribir un artículo para TRABAJO, y sentimos el dulce bienestar de quien ve naufragar un propósito afortunado. El silencio majestuoso y solemne del lugar ha absorbido nuestra primera intención y nos ha prestado otra nueva. Una intención que es una piña de frescas y juveniles emociones. Acaso, en el doble juego operado, hayamos salido gananciosos. Una estampa sería de senectud vale indudablemente mucho menos que el cromo multicolor de la mocedad.

A un lado y a otro del pasillo central—esternón vacío de costillas desgajadas—se ven espadas, mosquetones, carabinas y pistolas. Yo diría de estas exposiciones que son la rebrillante barajilla del museo. No tienen ni la gravedad del cañón, ni suscitan su misma piedad. Son estas armas algo así como el cajón de ferretería menor en nuestros días: tornillos, clavos, escarpías, de uso casero. Un brillo especial de estaño, sí, nos enseña a ensayar ante ellas una dulzona reverencia íntima de homenaje a su senescencia. Y sin más, pasamos a otra sala: Aquí estamos en el tinglado de

(Continúa en cuarta plana)

